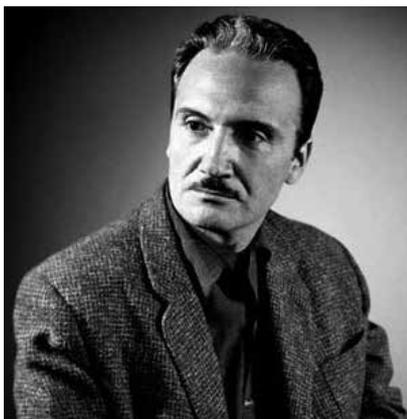


REMEMORACIÓN

de José María Arguedas

Andrés Maldonado Herrera



La presente es una crónica testimonial que reconstruye, desde el recuerdo, la convergencia de circunstancias personales —la amistad espontánea entre el autor, entonces un joven universitario procedente de Huamanga (Ayacucho,) y el consagrado escritor y maestro— en el ambiente cultural y político de Lima, entre los años 1968 y 1969. Es un homenaje al cumplirse 46 años de la desaparición física de José María Arguedas.

Palabras clave: folclórico, política estudiantil, literatura, realidad social y cultural, revolución, reformismo, corporativismo.

Conocí a José María Arguedas aproximadamente en abril de 1968, cuando, por mi condición de estudiante venido a los 18 años de Huamanga (Ayacucho), a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y con acuciantes necesidades vitales, tuve la oportunidad, por lo demás apremiante, de tomar un trabajo de vendedor en la librería de Paco Moncloa, ubicada en el jirón Ocoña, en el centro de Lima, a una cuadra de la Plaza San Martín. Esta era una de las más prestigiosas librerías de Lima, conjuntamente con la de Juan Mejía Baca, en aquellos años finales de la década de los sesenta.

La librería Moncloa era visitada por los más representativos

intelectuales de la capital, de modo que diariamente los veía acudir a su amplio local y, cumpliendo los deberes de mi jornada laboral, debía absolver las consultas de poetas, narradores, dramaturgos, periodistas, profesores universitarios, políticos de todas las tendencias —sobre todo de izquierda—, pintores, músicos, etc. Todos ellos consagrados y conocidos por sus actividades académicas y culturales, y cuyos nombres había oído, antes de venir a Lima, en conversaciones con mis amigos de la Universidad San Cristóbal de Huamanga, y después, en mis primeros cursos de la Facultad de Letras de San Marcos.

Recuerdo al Dr. Hugo Pesce, amigo y compañero político de José Carlos Mariátegui, fundador y miembro del primer Comité Central del Partido Comunista del Perú, quién venía por lo menos tres veces cada semana a llevarse uno o más libros en cada ocasión; al poeta y dramaturgo Juan Ríos, que se detenía, serio y silencioso, en el dintel de la puerta antes de ingresar; a profesores sanmarquinos como Jorge Puccinelli, Francisco Carrillo, Pablo Macera, Aníbal Ismodes, Aníbal Quijano; al poeta Washington Delgado, que revisaba los estantes con atenta minuciosidad; al economista y diputado de izquierda Carlos Malpica Silva Santistevan, quien con Paco Moncloa, Alberto Tauro del Pino y otros hacían un círculo de



conversación animada en una esquina de la librería; al poeta César Calvo, que aparecía con un bastón de mango de plata y vestido con cuidadosa elegancia; a mis amigos del grupo de poetas Estación Reunida, los hermanos José y Patrick Rosas Ribeyro, Tulio Mora, Elqui Burgos, Marta Lobato, y, claro, también a mis amigos y compañeros del grupo Narración, Miguel Gutiérrez, Oswaldo Reinoso, Antonio Gálvez Ronceros, Augusto Higa, Toshihiko Arakaki, Gregorio Martínez, Juan Morillo; al actor de teatro y telenovelas Hernán Cortés; al pintor Pancho Izquierdo López y su compañera Ana María Mur, al poeta Eleodoro Vargas Vicuña y tantos más, convocados por el imán poderoso de los libros.

En la librería de Paco Moncloa fuimos compañeros de trabajo y, a la vez, fue mi jefa inmediata, Sibila Arredondo, la segunda esposa de José María Arguedas. Ella organizaba, diligente e incansable, las ventas de la librería y nos orientaba sobre la mejor manera de acercar y vender los libros al cliente. Era una jefa extraordinaria; lo mejor era su carácter muy dulce, pero firme, alegre y, a la vez, muy responsable en el trabajo. Pero lo que significó para mí una auténtica demostración de afecto y confianza fue que me permitió llevarme todos los libros que quisiera para leerlos en mi casa, lo cual hice durante todo el tiempo que trabajé en la librería, que duró algo así como dos años, naturalmente cuidando de no maltratarlos para luego devolverlos a los estantes. Yo sentía encontradas sensaciones de pena y satisfacción, cuando algunos de los renombrados clientes se llevaban esos libros que había devuelto a la librería.

Sibila me presentó una noche a su esposo José María, cuando él llegó a recogerla en su autito escarabajo Volkswagen, después de sus clases en la Universidad Agraria de La Molina. Para mí fue una experiencia difícil por la gran admiración que ya tenía por el escritor cuyos libros, como *Yawar Fiesta*, *Agua*, *Los ríos profundos* y *El Sexto*, había leído con deleite y fervor inigualables en mi niñez y adolescencia en la sierra sur y central del Perú. Él, sin embargo, me trató con mucha

cortesía, con muy amables palabras y me habló como si fuésemos antiguos amigos. Me fue difícil conversar con él aquella noche y solo respondí brevemente a unas pocas preguntas que me hizo y Sibila facilitó las cosas indicándole que era estudiante de San Marcos, llegado de Ayacucho y comentándole mis aficiones por la literatura y también por la política estudiantil en la que también incursionaba con entusiasmo. En ese tiempo, había sido invitado por el entonces joven escritor piurano Miguel Gutiérrez Correa, a integrarme al grupo de escritores e intelectuales que preparaba el primer número de la revista literaria *Narración*, lo cual se lo comenté aquella noche y Arguedas me dijo que eso “estaba bueno”.

«Cada vez que José María Arguedas llegaba, siempre en horas de la noche, cerca del cierre del establecimiento, era un tiempo que se prestaba para la conversación amigable, que yo trataba de seguir, al comienzo con esfuerzo y después, con mayor confianza, cuando la afabilidad y buen humor de Arguedas lo permitía.»

A partir de ese primer encuentro y en adelante, cada vez que José María llegaba, siempre en horas de la noche, cerca del cierre del establecimiento, era un tiempo que se prestaba para la conversación amigable, que yo trataba de seguir, al comienzo con esfuerzo y después con mayor confianza, cuando la afabilidad y buen humor de Arguedas lo permitía. No me es posible precisar con claridad las palabras exactas de ese intercambio coloquial entre aquel maestro consagrado y un joven ansioso de aprender y también de opinar como mayor de edad, a lo largo del encuentro que duraba una media hora y a veces algo menos, en la penumbra de la librería, mientras Sibila y la empleada de caja hacían el arqueo de las ventas de la jornada diaria.

Recuerdo que conversábamos sobre lo que sucedía en el país aquellos días; percibí pronto que él seguía con gran atención los hechos políticos derivados del golpe militar de los coroneles de Velasco Alvarado, sobre ellos me interrogaba para saber mi parecer, atendía mis argumentos de radical oposición, y luego callaba meditando; en una ocasión llegó y me dijo algo así como: “dicen que los milicos van a dar una ley de reforma agraria, ¿qué sabes?”. Le respondí que en San Marcos la opinión política de los estudiantes decía que si los militares hacían algo en el campo sería una gran estafa agraria, pero él me miró con una expresión seria y luego rió con incredulidad.

Recuerdo también que me confió unas preocupaciones molestas que lo acosaban por no poder cumplir con la promesa de escribir un artículo para el suplemento Dominical de *El Comercio*, que les había ofrecido a unos artistas folclóricos, a los cuales estimaba bastante; este incumplimiento me parecía increíble en un escritor de su talla, porque en mi ingenua manera de ver a Arguedas aún no había comprendido que él, por aquellos meses, enfrentaba la más grave circunstancia de su vida. A veces llegaba muy cansado y simplemente respondía a mi saludo y solicitaba a Sibila salir cuanto antes; en aquellas ocasiones observé que se frotaba la nuca y parecía de muy mal humor. Un recuerdo que permanece muy nítido, es la vez que José María me habló, siempre brevemente, de la diferencia entre el huayno de mistis y el huayno de indios, y para mejor explicarme, cantó en quechua un trozo del “Carnaval de Tambobamba” y en esa parte que dice “¡Wifalita Wifala!” bailó con gran alegría y gusto, haciéndome recordar las fiestas de carnavales que yo también había vivido de niño y adolescente en la sierra, desde Puno hasta Ayacucho; fue un momento que siempre recuerdo con emoción.

Pasaron varias semanas y dejé de ver a Arguedas, alguien me dijo que había ido a Chile. Una noche apareció por la librería y, para sorpresa mía me llevó a recorrer los estantes y los libros que se hallaban en exhibición, estaba de buen humor y me dijo: “Andrés, te voy a regalar un libro”, revisó algunos y descartó *Moby Dick*, de Melville, también *Por quién doblan las campanas* de Hemingway y también *Crimen y Castigo* de Dostoievski; hizo un comentario: “cómo me gustaría no haberlos leído” y a continuación eligió *Los negocios del señor Julio César* de Bertolt Brecht, escribió una afectuosa dedicatoria y me entregó el libro con brillo en los ojos y una sonrisa muy amplia. No supe qué decir y solo atiné a recibir el libro. Sibila apareció y haciendo algunas bromas, me parece que anotó la venta del libro a su cuenta. Luego se despidieron y yo salí con aquel libro que leí de un tirón esa misma noche; el libro, un tanto castigado por el tiempo, aún lo he conservado como testimonio de aquella grata amistad con José María.

En otra oportunidad, él me dijo que iría a Chimbote a grabar entrevistas y a reunir materiales que le serían útiles para la novela que estaba escribiendo, ambientada en esa ciudad; yo había visitado y recorrido Chimbote, conocía amigos y sindicalistas obreros y del magisterio, y me hubiera gustado ayudarlo, pero no se lo dije porque me pareció que se iba con mucha celeridad; posteriormente leí la novela que tituló *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, una exploración profunda sobre las nuevas realidades

sociales y culturales derivadas de la migración serrana en las ciudades de la costa, y ahí estaban personajes como el loco Moncada, las mujeres de los numerosos burdeles, los sindicalistas, los pescadores boyantes de dinero, que, me constaba, hacían la realidad impresionante de Chimbote; y también aparecieron los diarios en los que José María hizo conocer las graves dolencias psíquicas que comprometían su vida por aquellos días.



Pasaron los meses del año 1969 raudamente. El país bajo el gobierno militar afrontaba un proyecto que era comentado como un fenómeno político excepcional. La Junta había atacado a las universidades públicas, anulado las facultades y puesto fuera de la ley a las representaciones del movimiento estudiantil, lo cual me tocó directamente pues era miembro del tercio estudiantil de la Facultad de Letras; los sanmarquinos hacíamos protestas contra ello y contra todo el llamado Plan Inca que elaboraron los “coroneles revolucionarios”, a la vez que en masivas movilizaciones demandábamos la renuncia del rector aprista Luis Alberto Sánchez. Más adelante, en una seguidilla de imposiciones dictatoriales, la Junta Militar decretó la reforma agraria y las nacionalizaciones de la gran minería, el petróleo, la pesca y casi todos los sectores económicos. Algún tiempo después me enteré que José María escribió un artículo titulado “El ejército peruano”, publicado en la revista *Oiga*, en el cual, previsoramente, advierte, “sin rabia”, a los militares que “si se apartaran de la juventud y del pueblo y los convirtieran en enemigos suyos, entonces se desencadenaría para la patria el más grave de los “escarmientos” y entonces, no sería imposible que, por primera vez, el pueblo liberara ese término “escarmiento” de la resonancia tétrica que tiene y lo convirtiera en otro término más definitivo y triunfal”. Recuerdo algunas conversaciones que tuvimos por esos meses, que más eran incesantes las preguntas de José María, sobre lo que ocurría entre los estudiantes y en el país; y mis respuestas fueron muchas veces solo una relación



«Recuerdo haber reaccionado con gran pesar pero también con extraña incertidumbre, que más era turbación, ante el hecho de la desaparición definitiva de José María; esta abrupta ausencia sobrepasaba mi comprensión racional: ¿por qué lo había hecho así? ¿Qué nos había querido decir aquel hombre tan valioso y a quien había sentido tan cercano, atentando brutalmente contra sí mismo? ¿La autoinmolación se justifica?.»

anecdótica de los hechos que vivíamos diariamente en la universidad los grupos políticos estudiantiles, enzarzados en un torbellino de debates sobre “el carácter del régimen militar” y si su accionar era una revolución, reformismo o corporativismo fascista.

En este ambiente llegamos a fines del mes de noviembre y estando en mis clases de San Marcos, un compañero del Frente Estudiantil Revolucionario (FER) me dio la peor noticia: José María, en su oficina de la Universidad Nacional Agraria, se había disparado un balazo y se hallaba gravísimo en el hospital del Empleado; tres días después, el 2 de diciembre, se comunicó oficialmente su muerte. Recuerdo haber reaccionado con gran pesar pero también con extraña incertidumbre, que más era turbación, ante el hecho de la desaparición definitiva de José María; esta abrupta ausencia sobrepasaba mi comprensión racional: ¿por qué lo había hecho así? ¿Qué nos había querido decir aquel hombre tan valioso y a quien había sentido tan cercano, atentando brutalmente contra sí mismo? ¿La autoinmolación se justifica? Hasta hoy persisten las interrogantes, por lo visto difíciles de responder y han provocado una enormidad de cavilaciones y enfoques registrados en una bibliografía que no cesa de aumentar.

Acudí aquel día difícil a cumplir con mis tareas en la librería, pero el ambiente estaba conmocionado, mis compañeros de trabajo expresaban sus sentimientos

de pena y Paco Moncloa nos informó que cerraría el establecimiento con motivo del sepelio de José María; en aquellas circunstancias, en mi rol de activista y dirigente estudiantil, me dispuse a organizar con mis compañeros de la universidad nuestra asistencia al entierro del admirado maestro. Lo hicimos masivamente estudiantes, profesores y trabajadores de San Marcos que en una imponente marcha de más de tres mil personas salimos por la avenida Venezuela y en el camino nos unimos a las delegaciones de las universidades Agraria, de Ingeniería, La Cantuta y a otras agrupaciones de obreros, maestros, artistas y de todos los sectores sociales. Me adelanté hasta el féretro y alcancé a abrazar a Sibila y darle el más sentido pésame, ella sonrió al responderme; y vi en su rostro la serenidad con que afrontaba el difícil momento. Los estudiantes llevamos brazaletes negros y rojos y portamos banderas rojas y banderolas que decían “Maestro José María Arguedas ¡Presente!”; al frente del cortejo iban los músicos Jaime Guardia, Máximo Damián y otros más tocando sus instrumentos con emotivas melodías y canciones de los Andes. Lo sucedido ese día está en las crónicas periodísticas y también es motivo de algunas controversias.

Ahora, estas notas quieren ser un testimonio y ofrenda a la amistad sincera, breve por las graves circunstancias, pero en lo personal muy significativa, que me brindó el maestro.

